

Recuperar los objetivos fundacionales de la *World Wide Web*

Jorge Franganillo

Franganillo, Jorge (2022). "Recuperar los objetivos fundacionales de la *World Wide Web*". *Anuario ThinkEPI*, v. 16, e16a010.

<https://doi.org/10.3145/thinkepi.2022.e16a10>

Publicado en *IweTel* el 5 de abril de 2022



Jorge Franganillo

<https://orcid.org/0000-0003-4128-6546>

Universitat de Barcelona
Facultat d'Informació i Mitjans Audiovisuals
Centre de Recerca en Informació, Comunicació
i Cultura (CRICC)
franganillo@ub.edu

Reseña en clave de "regreso al futuro" de:

Berners-Lee, Tim (1989–1990). *Information management: A proposal*. Ginebra: CERN.
<https://w3.org/history/1989/proposal.html>

Vista con ojos de hoy, en la propuesta fundacional de la *World Wide Web* se puede ver que sus objetivos son una realidad. Pero también se puede ver que esos mismos objetivos son, en ciertos contextos, una esperanza que no llega, o una víctima del mal uso. Eso explica que recientemente, su mismo autor, haya propuesto un *Contrato para la Web* (<https://contractfortheweb.org/es>) en el que se enuncian nueve principios para que la información llegue a todas las manos, sin excepción, y llegue válida, y sea un instrumento para el bien propio y el comunitario.

Fue en marzo de 1989 cuando Tim Berners-Lee, entonces con 33 años, presentó una propuesta para vincular la información contenida en diversos ordenadores. La información quedaría así a disposición de cualquiera, y cualquiera podría consultar páginas con contenido multimedia o de texto, y pasar de una a otra mediante enlaces. En 1990 comenzó a escribir el código, que liberaría en 1991. Desde entonces, el crecimiento de esta red de información ha sido colosal, tanto por el caudal de información como por el número de autores y usuarios. Pero la información no llega a todos por igual, y por tanto no son iguales las oportunidades, y es esto lo que hoy requiere reparación.

Berners-Lee trabajaba como investigador en el *CERN*, la *Organización Europea para la Investigación Nuclear*, donde desarrollaban nuevas tecnologías informáticas e industriales. Con su propuesta quiso persuadir a la dirección del centro sobre la conveniencia de adoptar, como proyecto propio, la elaboración de un sistema global de hipertexto. Lo llamó *mesh* (malla, red), pero luego pasó a ser la *World Wide Web*.

No suscitó gran interés. Solo funcionaba en un tipo de ordenador: un *NeXT*, creado por Steve Jobs tras abandonar *Apple*, y cuando Berners-Lee se propuso hacerlo compatible con los demás equipos, topó con el temor de que el *CERN* tuviera que afrontar un problema legal por compartir el software de forma gratuita; el movimiento del software de código abierto era entonces incipiente.

La información no llega a todos por igual, y por tanto no son iguales las oportunidades, y es esto lo que hoy requiere reparación

Sin embargo, Berners-Lee se lanzó a compartir su idea con el mundo. Al liberar el código fuente de la *World Wide Web* despertó de inmediato un enorme interés, y esto hizo que su idea se difundiera a gran velocidad. En pocos años se crearon navegadores para todo tipo de sistemas y creció de igual forma el número de servidores web.

La *World Wide Web* es la culminación del concepto de hipertexto, y es gracias a ella que Internet es hoy uno de los medios más importantes de acceso a la información. Constituye una fuente de información permanente, variada, inagotable, accesible y fácil de utilizar. El hipertexto que articula las páginas web es un mecanismo cotidiano e ineludible. Conecta piezas relacionadas, lo que permite saltar de unas a otras y ampliar así el conocimiento sobre un determinado tema e incluso resolver una amplia variedad de tareas. Entonces, información es desarrollo.

Es fácil publicar en Internet una información, y luego actualizarla. Pero el mal uso también es fácil. Como cualquier persona puede publicar, no todos los contenidos son confiables y de calidad. Y esto impone la necesidad de juzgar la confiabilidad y la calidad de cada pieza de información.

Pero evaluar información es una tarea difícil, en parte porque la mente humana tiene sesgos cognitivos que influyen en la forma de ver el mundo. De ahí que, víctimas del sesgo de la confirmación, por ejemplo, tendamos a dar por buena la información que respalda los puntos de vista propios y que seamos escépticos ante la información que contradice nuestras creencias. El exceso de información es otro problema. Como es bien sabido, tener muchas opciones entre las que elegir no concede más libertad, sino que produce estrés y aumenta el riesgo de elegir mal. La información parece entonces perder sus cualidades y, cuando es excesiva, se vuelve más perjudicial que beneficiosa.

Además, los contenidos de Internet carecen todavía hoy de una buena estructuración o sistematización, lo que hace más difícil encontrar información de calidad. Los antiguos directorios web, repertorios organizados y sujetos a cierto control editorial, han sido reemplazados por motores de búsqueda (principalmente, *Google*) de engañosa sencillez. La *World Wide Web* se concibió como un sistema universal de información válida, para uso de todos, pero en ciertos aspectos aún está lejos de este objetivo.

Cuando alguien consulta Internet en busca de una respuesta, ha de afrontar, entre otros problemas, que en cada página debe confirmar que acepta las *cookies*, que no quiere suscribirse, que no quiere compartir su ubicación, que no quiere notificaciones... Y una vez superadas esas barreras, a menudo hay que soportar publicidad, que compite por la atención. Esto, sumado a la desinformación, cada vez más abundante y sofisticada, quebranta la idea original de lo que debía ser internet: un lugar para encontrar buena información.

Se ofrece una gran cantidad de fuentes de información, en general gratuita pero también de pago. Servicios tales como bases de datos comerciales y servicios prestados por grupos editoriales que cobran por la información, la ofrecen con la garantía de haber superado cierto filtro cualitativo. No obstante, dado que los contenidos fiables y de calidad conviven con la desinformación, disfrazada de material fiable, conviene evaluar cada uno de los recursos a los que se accede.

Ante dicha situación la evaluación de los recursos se vuelve una necesidad:

- en primer lugar, porque esta tarea se ha convertido en una competencia básica y, como tal, se debe aplicar a cualquier proceso de investigación, por simple que parezca, pues dar por buena una información errónea puede llevar a cometer errores de un calibre impredecible;
- en segundo lugar, porque valorar la calidad de la información ayuda a encontrar los mejores recursos para el propósito que se tenga en ese momento y, por lo tanto, ayuda a encontrar respuestas de mejor calidad.

La evolución de la *World Wide Web* ha permitido creaciones maravillosas como *Wikipedia*, *Flickr* o *YouTube*, pero también lugares oscuros con contenidos impropios, malvados, incalificables. La libertad que hay en la Red se utiliza para el bien, pero también para el mal. Grupos extremistas la usan para propagar el odio y el miedo; los trolés políticos, para manipular la conducta electoral; y los ciberdelincuentes, para robar datos. La seguridad es hoy el gran reto que debe afrontar Internet. La red carece todavía de un mecanismo efectivo para ayudar a las personas a separar la información de confianza y de calidad, de aquella que es engañosa y malintencionada.

Es fácil publicar en Internet una información, y luego actualizarla. Pero el mal uso también es fácil. Como cualquier persona puede publicar, no todos los contenidos son confiables y de calidad

El exceso de información es otro problema. Como es bien sabido, tener muchas opciones entre las que elegir no concede más libertad, sino que produce estrés y aumenta el riesgo de elegir mal

En vistas de esta situación, hoy, tres décadas después de su creación, Berners-Lee se ha fijado la misión de reformular su invento, en una lucha por mantener la Red libre, descentralizada y segura. En 2009 cofundó, con Rosemarie Leith, la *World Wide Web Foundation*, una organización sin ánimo de lucro que defiende una Red de acceso abierto y gratuito para todo el mundo.

<https://webfoundation.org>

Esta fundación promueve desde 2019 el *Contrato para la Web*, un decálogo que establece los compromisos que deben asumir los gobiernos, las empresas y los ciudadanos.

<https://contractfortheweb.org/es>

A través de nueve principios, explicados con todo detalle, propone reglas para el uso ético, transparente y equitativo de internet, un recurso que considera como un bien público y como un derecho básico universal. En los considerandos afirma que:

“La Web se diseñó para unir a la gente y hacer que el conocimiento fuese accesible para todo el mundo. Ha cambiado el mundo para bien y ha mejorado la vida de millones de personas. Sin embargo, todavía hay muchas personas que no pueden acceder a sus ventajas y muchas otras para las que la Web supone un coste demasiado elevado”.

El objetivo vuelve a ser, como en sus orígenes, aprovechar el potencial de la *World Wide Web* para convertirla en un medio dirigido hacia un cambio positivo.

La iniciativa cuenta con la adhesión de grandes empresas tecnológicas e invita a preguntarnos qué podemos hacer, incluso como simples usuarios de internet, para hacer de la web un lugar mejor, una oportunidad de desarrollo para todos por igual. Se vislumbra, pues, un cambio de rumbo hacia una Internet en la que la comunicación, la colaboración y el acceso a la información abierta han de contribuir a mejorar nuestra vida y la vida de los demás.



Fig. 1: Título y enunciado general de cada uno de los nueve principios del *Contrato para la Web*, impulsado por la *World Wide Web Foundation*.

La seguridad es hoy el gran reto que debe afrontar Internet



Aportaciones al debate en *IweTel*

Nuevos ecosistemas hostiles para el futuro de la web

Rubén Alcaraz Martínez



Un texto que resulta necesario recuperar y unos objetivos —tanto los iniciales, como su reformulación— por los que debemos luchar todos en un contexto no demasiado halagüeño para la Web, tal y como yo lo veo, tanto por lo que has comentado en tu texto, como por la reflexión que compartiré a continuación.

Sin duda, la Web ha sido el principal punto de acceso a la información disponible en Internet desde su aparición, pero no es menos cierto que en la última década hemos podido presenciar un cambio de paradigma en el uso de internet, ahora muy mediado a través de las aplicaciones móviles.

Esa Web abierta, libre y basada en navegadores, en la que los directorios primero y luego motores de búsqueda han funcionado como herramientas para la recuperación de la información, ha virado hacia un modelo de plataformas semicerradas, basado en aplicaciones capaces de gestionar los datos en línea y que prescinden totalmente de los navegadores.

Lo pronosticaron **Anderson y Wolff** (2010) en un artículo publicado en la revista *Wired* con el título “La Web ha muerto: larga vida a Internet”. Un cambio de paradigma que, según los autores, reflejaba el curso inevitable del capitalismo y la desbandada de medios hacia plataformas más rentables y prometedoras.

En 2010 y, según estos mismos autores, la Web ya representaba menos de una cuarta parte del tráfico de Internet. La realidad es que hoy en día la Web todavía no ha muerto —y está muy lejos de hacerlo—, pero sí que ha continuado creciendo exponencialmente el uso de aplicaciones móviles en detrimento del acceso a contenidos desde los navegadores. Y es que, de las aproximadamente 7 horas que dedicamos al día a conectarnos a Internet desde cualquier dispositivo, durante 4,1 horas lo hacemos desde un móvil. En estos dispositivos, el uso de aplicaciones supera claramente a la navegación móvil y se sitúa en torno al 92% (*Ditrendia*, 2021).

Del declive de la Web también somos responsables nosotros, sus usuarios, que paulatinamente la hemos abandonado por plataformas más simples (y simplonas), bien optimizadas (aunque no siempre) y más directas y adictivas, lo cual es aplicable a todos los sectores (entretenimiento, compras, educación, etc.).

Este mundo en el que el estándar html y los CMS no gobiernan es menos accesible para los creadores de contenido (al menos para los que desean una plataforma propia y no participar a través de medios de terceros) y también menos democrático, ya que implica tecnologías más complejas y costosas, al menos hoy en día y a pesar de la existencia de movimientos como el *No-Code* o el *Low-Code* aplicados a la programación de *apps*.

Los beneficios para los propietarios de estos nuevos ecosistemas en forma de tiendas de aplicaciones (repositorios de software) son evidentes y se centran en garantizar a empresas como *Google* y *Apple* el control de un canal de distribución dominante que les permite articular todo un conjunto de servicios de valor añadido: publicidad, almacenaje en la nube, comisiones por las suscripciones, servicios relacionados con las métricas y datos de los usuarios, entre otros (**De-Prato; Sanz; Simon**, 2014), con todo lo que esto conlleva.

Pero también abre el debate sobre quién decide qué aplicaciones o contenidos pueden distribuirse a través de estas tiendas y cuáles no, así como cuáles gozan de una mayor visibilidad. A diferencia de *Google Play* o la *App Store*, la Web no es propiedad de *Google* o *Apple*, aunque la visibilidad de un sitio web dependa casi completamente de actores como *Google* y su buscador.

En este sentido, pienso que la batalla por la web es también una batalla contra este tipo de ecosistemas y sus intenciones monopolísticas, las cuales van en detrimento de la posibilidad de replicar el modelo abierto, descentralizado y libre de la Web en el acceso al contenido desde los dispositivos móviles.

Anderson, Chris; Wolff, Michael (2010). “The web is dead: long live the Internet”. *Wired*, 17 agosto.
<https://wired.com/2010/08/17ff-webrip>

Ditrendia (2021). *Informe mobile 2021: España y mundo*.
<https://ditrendia.es/informe-mobile-2021-espana-y-mundo>

De-Prato, Giuditte; Sanz, Esteve; Simon, Jean Paul (2014). *Digital media worlds: the new economy of media*. New York: Palgrave-Macmillan.

Rubén Alcaraz Martínez

Universidad de Barcelona

Facultad de Información y Medios Audiovisuales

ralcaraz@ub.edu